

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
2.ª EPOCA

Director: ARTURO A. GIMENEZ

CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

—o—o—o—
NUESTROS POETAS
ALCIDES DE-MARIA

AÑO I
Nº 29
Setiembre 16 de 1894

PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
*Los mismos precios, en moneda equiva.
lente, con el aumento del franco.*

Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 10 centesimos

•VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS•
•SE PUBLICA LOS DOMINGOS•

Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57



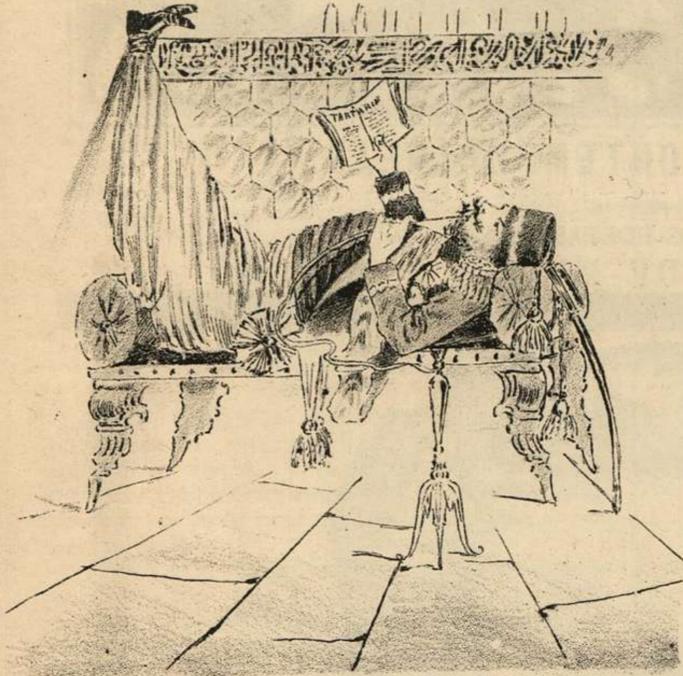
Con las frases de rigor,
les presento hoy un cultor
de la buena poesía.

Mis lectores...
El señor
don Alcides De-Maria.

SUMARIO

TEXTO—«Zig-Zag», por Arturo A. Giménez—«La Aritmética y la ley», por Nemo—«La peluca de don Casto», segunda jornada por Juan Torrendell—«Cosas de la lógica», por Fernandito—«Para Ellas—La última pieza», por Alina Deré—«Ciencia práctica», por Mejillon—«Teatros», por Re-Bemol—«Mendocencias—Correspondencia particular—Sección recreativa».

GRABADOS—«Aloides de María», por M. Correa—«El arte en los salones—Adolfo P. Piñeyro», por Aurelio Giménez—«Dime que sí—El burlador burlado», por Wimplaine—«Retrato de dama», por Wimplaine—«Galería de mujeres célebres—Juana de Arco», por Leopoldo Díaz—N. de María—Segundo Álvarez Conde—y varios intercalados en el texto por Aurelio Giménez.



¡Pero, señores; lo que es el siete!
Con razon ese condenado numerito goza de tan mala fama; no es para menos. Ahí es nada, el resultado que ha tenido la elección del día 7 para efectuar la comida reconciliatoria entre los «viejos amigos de otro tiempo.»

¡Si es cosa que asusta! Y luego hay quien no cree en la influencia del siete, calificando eso de superstición!

Ya les ha dado buen desmentido el suceso este del acercamiento cuyo fracaso, en opinión de muchos, sólo se debe al número siete, correspondiente al día elegido para ello.

¡Naturalmente, en día siete! Es infalible; cuando el siete sue... ¡digo! cuando el río suena (que no sé ya lo que me digo entre tanto siete!) agua trae; por algo se decía del número ese lo que se decía.

Y no paró en esto, es decir, en aquello del día, sino que en todo se había mezclado el siete esa tarde; los que debieran haberse sentado a la mesa y digerir la comida y la conciliación, eran: el anfitrión, Tavolara, Carámbula, don Meliton, Turenne, Martínez (el coronel) y Martínez (el general): siete invitados. De estos, tres lucen los entorchados de *general*, título que tiene siete letras. La comida debía empezarse a las siete de la tarde. Cuatro de los comensales, llevan en su nombre ó apellido, siete letras. Y sino, cuenten ustedes las que contienen el nombre de Carámbula (Benigno), el apellido del anfitrión (Herrera), el nombre de don Meliton y el de uno de los Martínez (Estéban). Sin contar con que Tavolara, á creer buenos informes, es sietemesino.

Con tal conjunto de sietes, nadie extrañará ya lo sucedido. Y sin embargo, á ninguno se le ocurrió pensar en la verdadera causa cuando llegó desolado el coronel Martínez anunciando la fatal nueva:

—¡Los tajistas no comen!
—Fallecerán, sin duda, objetó Tavolara. El alimento es...

—Quiero decir que no comen hoy con nosotros!

La noticia era sensacional.
Sin embargo, Tavolara aseguró que don

Meliton se disponía á comer á dos carrillos, y que Carámbula se había mandado hacer ropa nueva, y Turenne afirmó que todo eso era una broma.

¡Y vaya si era una broma!
Pero, resultó cierto todo aquello, y los invitantes hubieron de sentarse á la mesa sin la presencia de los generales.

Allí fué el momento de pensar el ingenio para explicar satisfactoriamente al burlado anfitrión la ausencia de los tales.

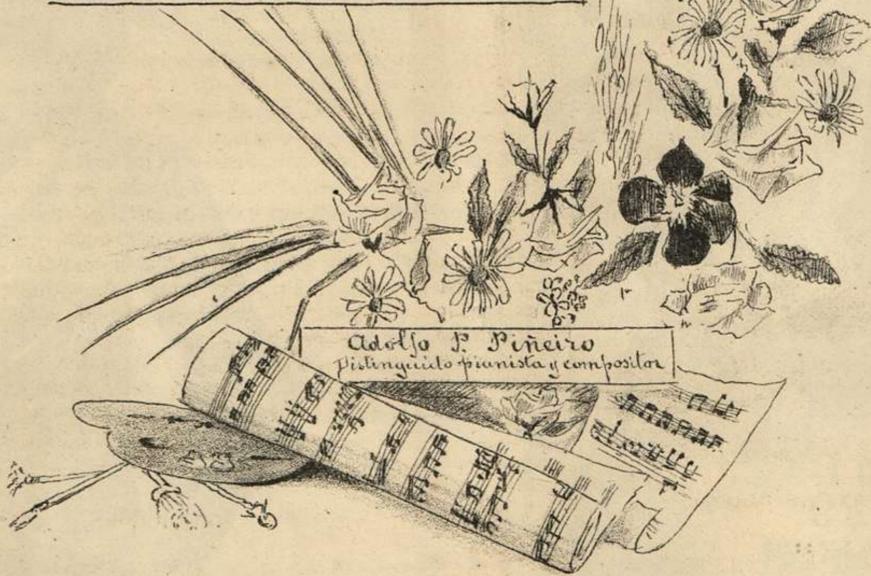
Tavolara apostó á que la falta de don Meliton, tenía por causa un repentino dolor de muelas con complicaciones en el alma, lo cual, como es natural, había debaratado el antes anunciado proyecto del benemérito general.

Estéban Martínez dió por seguro que Carámbula no había pagado el traje que con objeto de asistir se mandara hacer.

Turenne, á falta de otra cosa que decir, hizo notar que el *menú* era de primer orden. Pero, los convidados no llegaron.

EL ARTE EN LOS SALONES

NUESTROS AFICIONADOS



Como es muy natural este incidente ha dado tema á mil conversaciones y base á mil comentarios.

Hay quien asegura que Carámbula no asistió por aquella afición del amable *Ex* á enjaular á sus amigos, en determinadas ocasiones, cosa que el general, entendido en estas cuestiones de jaulas, considere muy peligrosa.

El caso es que el doctor Herrera, no pudiendo hacerle tragar su comida, le hizo tragar una sabrosísima carta, que por lo visto, no digirió el general, pues que la volvió inmediatamente.

Y aquí de las cartas. Tavola no quiso ni

pudo ser menos y soltó también su epístola, qué, á creer á don Benigno, vendría á hacer juego con la de San Pablo, pues que le comparó á San Pedro.

De cuyas epístolas y cartas, resultará, según es voz general, un duelo, que debiera suponerse de terribles consecuencias si no se llamara Benigno uno de los futuros adversarios.

Y todo porque en las cartas se tratan unos á otros de embusteros, por aquello de la invitación y la no asistencia á la comida.

¡Cuando les he dicho yo que dentro de poco todas las cuestiones serán provocadas y decididas por el estómago!

Porque, también el duelo este ha dado origen á comentarios sobre el honor en sus últimas relaciones con el aparato digestivo.

—Le aseguro á usted, me decía un sujeto, que todo esto meterá mucho ruido, y al fin vendremos á parar en que no hay nada entre dos platos.

—Eso no, agregaba otro. De fijo que en los platos habrá algo, y algo reconfortante. Porque al fin, Charpentier no es hombre que se resigna á dejar sin una indigestión á sus favorecedores.

—¿Pero, qué tiene que ver Charpentier en este asunto del duelo?

—Tiene que ver, porque esto del duelo no es sino resultado del capricho de don Julio que se ha empeñado en ver mascar á Carámbula. Y como sabe que no hay hoy en día duelos sin el correspondiente almuerzo, quiere, ya que no pudo hacerlo comer con él obligarle á que almuerce, y de este modo, lo consigue de fijo.

Otros dedican atención preferente á Tavolara, que al fin, es también actor principal en este incidente.

Y á propósito de él, me resigno á declarar que la carta de don Juan Antonio ha dado un rudo golpe á mi amor propio de hombre bien enterado de todos los rumores referentes á hombres públicos que, por esos mundos corren. (Los rumores ¿eh?)

Figúrense ustedes que Tavolara hace notar en su carta que él «es hombre, de verdad.»

¡Y yo no sabía hasta la fecha que se abrigan dudas sobre su sexo!

Es increíble.

Y la verdad es que (será por la franqueza?) Tavolara ha sido objeto de muchas manifestaciones de simpatía, en círculos públicos y privados.

—Lo cierto es, decía uno en un corrillo, que Tavolara ha sido el peor librado en toda esta cuestión. Porque al fin, él fué quien pagó el pato.

—Peor librado salió Herrera, en ese caso, contestó.

—¿Por qué?
—Porque pagó la comida.

La policía dió el Miércoles un asalto á cierta ruleta que funcionaba en la calle Cerro.

—Y aquí sí, me decía un moralista, se habrá podido convencer la policía de que en los tales sitios se desnuda á las gentes.

—¿Por?

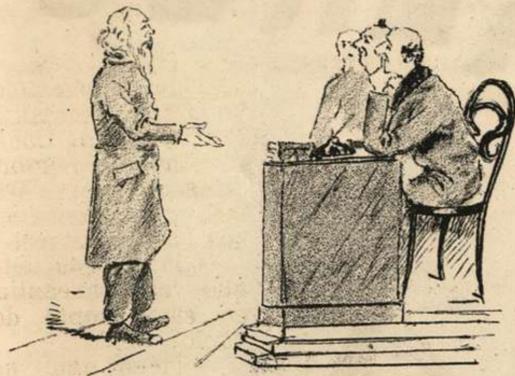
—Porque dos de los agentes salieron con solo la camisa.

Y no fué poco salvar. Ahora, si la policía sigue en la idea de perseguir las ruletas ó cosa que se les parezca, figúrense ustedes cómo estará *Rulessi* el del *Café Moka*. De fijo que se le han hecho carne de gallina todos los kilómetros de pellejo que le cubren las orejas.

Y á propósito de esta persecucion á los jugadores, conviene indicar á los policianos una buena presa.

Que prendan á don Julio y á don Benigno. Porque, miren ustedes que no están demostrando poca afición á las *cartas* esos señores!

ARTURO A. GIMÉNEZ.



La aritmética y la ley

A un viejo de ochenta años condenaron á treinta de prision por un delito, y llorando de gozo, el pobrecito al oír que tal sentencia pronunciaron, —¡Gracias, gracias!—le dijo al Presidente del Tribunal.—Yo no merezco tanto ni menos lo esperaba; que el Dios santo se lo pague y lo tenga á usted presente! —¿Por qué se alegra usted?—el juez ya lleno de asombro preguntóle.—Es cosa rara que le alegré una cosa que tan cara le cuesta...

—¡Ah, señor Juez! ¡Usted es muy bueno!

—¿Por qué?
—Porque si en esto no hay engaños al condenarme á treinta (tengo ochenta) bien claro se desprende de la cuenta que me va á hacer vivir ciento diez años!

NEMO



La peluca de dos Casto

SEGUNDA JORNADA

POR JUAN TORRENDELL

(CONTINUACIÓN)

Una vez instalado en una de las habitaciones de la única *Fonda* que en aquella lejana época, había en el pueblo de San José, Marcial sentóse delante de la mesa y en la misma posición de desesperado en que había pasado toda la noche anterior, entregóse á sus cavilaciones de enamorado frenético, cuyo solo pensamiento consiste en averiguar el paradero de la dueña de su corazón.

Por de pronto ya sabía que efectivamente á una legua del pueblo había un sitio muy pintoresco que se llamaba el *Arroyuelo*, y en una de sus orillas se encontraba la poética propiedad de D. Mauricio Pérez, un joven que hacía dos días que se había casado y que había ido á vivir allá, en aquel sitio solitario pero encantador.

Todos esos detalles se los dió el dueño de la *Fonda*, un catalán, grueso, hablador y muy franco-te. Precisamente él era muy amigo de D. Mauricio,

quien cuando iba al pueblo, paraba en su establecimiento.

Marcial no quiso saber más. Al día siguiente marcharía hácia el castillo donde debía de gemir desconsolada su bella Rosario, la niña de ojos dulces y labios de grana. En efecto; ginete en delgacho petizo, Marcial se dirigió al *Arroyuelo*, y «en una llanura verde, pintoresca tendida casi á orillas de un angosto arroyuelo» — el cual daba nombre á aquel paraje — encontró «una linda propiedad, alegre, de paredes blancas, rodeada de un pequeño bosque de acacias y eucaliptus.» Allí debía de vivir la adorada de su corazón. Y allí junto al «arroyo que murmuraba día y noche en su lecho de arena» permaneció muchas horas esperando poder descubrir el medio de que se valdría para ponerse en comunicación con ella. Pero nada vió, ni nada de práctico se le ocurrió. Y durante muchos días hizo lo mismo: levantarse por la mañana, montar el *pingo* que de antemano se le preparaba, dirigirse al *Arroyuelo* y, una vez instalado en su escondite del «pequeño bosque de acacias y eucaliptus» esperar pacientemente que el destino, que es el Dios de los románticos, le deparara el dichoso momento de embriagarse con la presencia de la mujer amada.

Y se lo deparó. Una tarde espléndida de verano, en que el sol iba cayendo paulatinamente en la espumada línea del horizonte y en que un airecillo fresco y agradable se llevaba rápido el ambiente espeso y ardoroso que los rayos solares habían elaborado, cuando apenas Marcial sentía su cabeza serena, y su respiración se hacía tranquila y su piel absorbía el sudor en que el cuerpo se bañara todo el día, gracias al sol abrasador, vió de pronto salir de la «propiedad, alegre, de paredes blancas», un hombre y una mujer que, como dos tortolitos, se acariciaban apasionadamente. Al primer momento Marcial no quería dar crédito á la escena que se representaba delante de sus ojos. ¿Cómo? ¿Aquella mujer era la niña pudorosa, de ojos negros, que en la capilla de Lourdes le había pedido socorro? ¿Y amaba efectivamente á su verdugo, el hombre que era la causa de la desgracia de ambos? Nó, no podía ser. Rosario debía de aparentar aquel cariño. No podían ser sinceras aquellas caricias. Y Marcial esperó. La linda pareja se acercaba y, como se creía sola, redoblaba con insistencia pasional aquellas demostraciones de amor, peculiares de las almas candorosas, amantes, que se entregan de una manera absoluta al dueño, al Dios que la sociedad las ha entregado para su felicidad. Rosario estaba apasionada de veras. Reía, saltaba, charlaba, miraba intensamente á Mauricio, se colgaba de su brazo, le besaba, le abrazaba, lo enloquecía con su amor.

Mientras tanto, Marcial, que estaba aturdido, nervioso, atontado, miraba con los ojos bien abiertos y saltados aquel cuadro de dicha, de bienestar, sintiendo agudísimas panzadas en su corazón cansado de sufrir. Se sentía desfallecer, deseaba morir. El desengaño había sido por demás aplastador. No podía más. Su pecho subía y bajaba como un fuelle; su respiración era fuerte, como el ruido de una caldera repleta de vapor.

Huyó, huyó como un desesperado para caer en cama, abrasado por la fiebre, enloquecido por su pensar continuo que le barrenaba el cerebro. No quedaba más que un recurso á su existencia para siempre desgraciada: la muerte. El, Marcial, el segundo Becquer, se suicidaría en la flor de la edad. Moriría joven, como joven había muerto el otro.

Apenas pudo levantarse, llamó al catalán, dueño de la *Fonda*, le hizo saber que había dispuesto ir á dar un paseo hasta su pueblo natal y que durante su ausencia le guardaba su habitación tal cual se encontraba. Él pagaría lo mismo.

La intención de Marcial era ir á vender las propiedades que en su pueblo poseyá y entregar todo el dinero á los asilos, volver á San José, dirigirse de nuevo al *Arroyuelo* y en presencia de su desdenosa amada levantar la tapa de los sesos. No le quedaba otro remedio.

Así lo hizo. Es decir: así pensó hacerlo, pero el destino se interpuso.

Por de pronto, para realizar la venta de sus propiedades transcurrieron muchos meses, pues tropezó con muchas dificultades. Y, cuando una vez cumplidos sus deseos, regresó á San José y se disponía á llevar á cabo su primitivo pensamiento, hubo de cambiar de parecer, ó mejor dicho, de suspender momentáneamente aquella tremenda determinación.

Fué el caso que el catalán le manifestó que, hacía pocos días que el amigo D. Mauricio, el esposo de Rosario, aquella joven tan linda, — ¡habían hablado de ella tantas veces con Marcial! — había estado en su establecimiento y le había enterado de una rareza de su mujer.

—Figúrese osté, señó Marcial, que aquella loca la ha dado por dasear una paluca, ¿comprende osté? Como ella está... an astado interesante... vamos, embrasada, tiene el antojo de la paluca, ¿comprende osté? de la paluca de D. Casto, un vejete que hay cerca del *Arroyuelo*. ¿Comprende osté? Y el marido

vino acá para comprar una paluca. Y acá no hay ninguna.

¿Cómo?, pensó Marcial. ¿Rosario desea algo que ni su marido puede obtener? Yo lo conseguiré, aun que sea cometiendo un crimen. Y, tomando el revólver comprado para suicidarse, se dirigió nuevamente al *Arroyuelo*. Y allí, escondido en el «pequeño bosque de acacias y eucaliptus» esperó como antes que apareciera la mujer que lo había engañado vilmente y á la cual amaba aun como un loco.

Fué todo inútil. Rosario no apareció. No importaba, él cumpliría su juramento. La peluca iría á parar á sus manos, probándole que él era ante todo un enamorado fiel y constante.

Gracias á los datos que el catalán le dió, Marcial supo donde vivía D. Casto y qué clase de hombre era éste. Ocultándose lo mejor que pudo se dirigió á la vivienda del viejo solitario, allá «en una hondonada profunda del terreno y oculto casi por un montón de arbustos espesos.» Escondidos entre el matorral que éstos formaban, esperó á D. Casto. Este había de pasar necesariamente por delante de Marcial para entrar en su casa. Esperó y esperó muchas horas. Don Casto no aparecía. Mientras tanto vió un hombre que merodeaba la vivienda del viejo, pero como la noche era oscura, oscura como boca de lobo, no supo quién era. La sombra desapareció y Marcial no supo más de ella.

Después de mucho aguardar, por fin oyó un ruido, como de un caballo que se acercaba al trote. Marcial se preparó. De repente el silencio de la noche fué interrumpido por un grito de dolor, se produjo un alboroto, como si fuera un remolino de aguas, siguió espantosa tranquilidad, luego pasó desbocado el *pingo*, más tarde cruzó el camino un hombre que daba quejidos de dolor, y que entró en la cueva de D. Casto, y, por fin, todo permaneció en silencio.

Marcial estaba verdaderamente asustado. No era un valiente. Temblaba. El revólver se le había caído de las manos. ¡El no podía ser un criminal!

Apenas la aurora se dibujó en el cielo, y pudo el joven examinar la llanura, salió de su escondite y se fué al sitio probable de la catástrofe supuesta.

¿Qué había sucedido? El no se daba cuenta exacta de lo pasado. ¿Don Casto había sido atropellado por el merodeador? ¿Su calbagadura había tropezado y D. Casto había rodado por el suelo? Todo podía ser. Lo cierto era que Marcial encontró clavada casi, en una roca puntiaguda la peluca de Don Casto con un tajo que el golpe había producido, tajo que era una muestra del otro que se había abierto en el cráneo del viejo, según indicaba la sangre.

Marcial, satisfecho hasta donde puede estarlo un futuro suicida, recogió la peluca y la envolvió en un papel que ató con una cinta, no sin antes haber depositado en él, un papelito en el cual escribió las siguientes palabras:

Rosario mía: Tu deseo está cumplido. Ahí tienes la peluca maldita. Yo...

No pudo continuar. Vió á Mauricio que caminaba cabizbajo y triste. No lo pensó. Envolvió rápido su misiva y se dirigió á la casa de Rosario, en donde llamó depositando el envoltorio en las manos de la sirvienta.

Más tarde, cuando muerto de miedo, de frío y de debilidad, volvía al pueblo, advirtió que había olvidado en el sitio de la catástrofe el revólver suicida y que había perdido el lapiz de oro que ostentaba las iniciales suyas: M. P. (Marcial Pons).

Cosas de la lógica

—Dime papá—al papá dice el vastaguito.—¿Arrestarme puede el maestro y castigarme por una cosa que no hice?
—No, hijito. ¡Claro que no!
—Pues lo hizo ayer, de despecho porque yo no había hecho la plana que señaló.

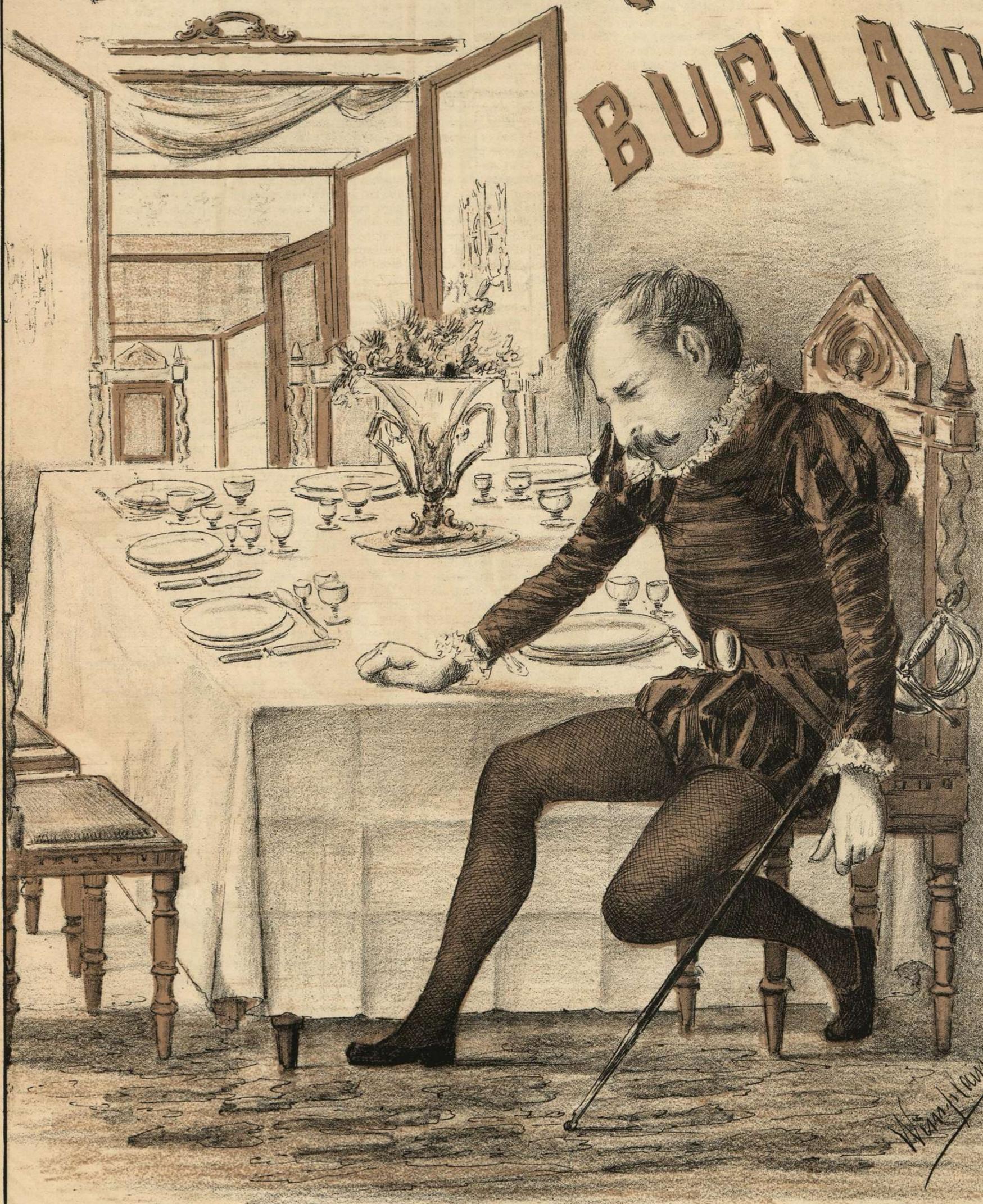
—¿Con que piensa dedicarse al comercio, don Castor? Pues le aconsejo no fiarse de los mudos.

—¿Por qué?
—Por que si se fia usted de ellos, su desdicha labra; porque son mudos!

—¿Y qué?
—Que siéndolo, ¡ya se vé! no son hombres de palabra.

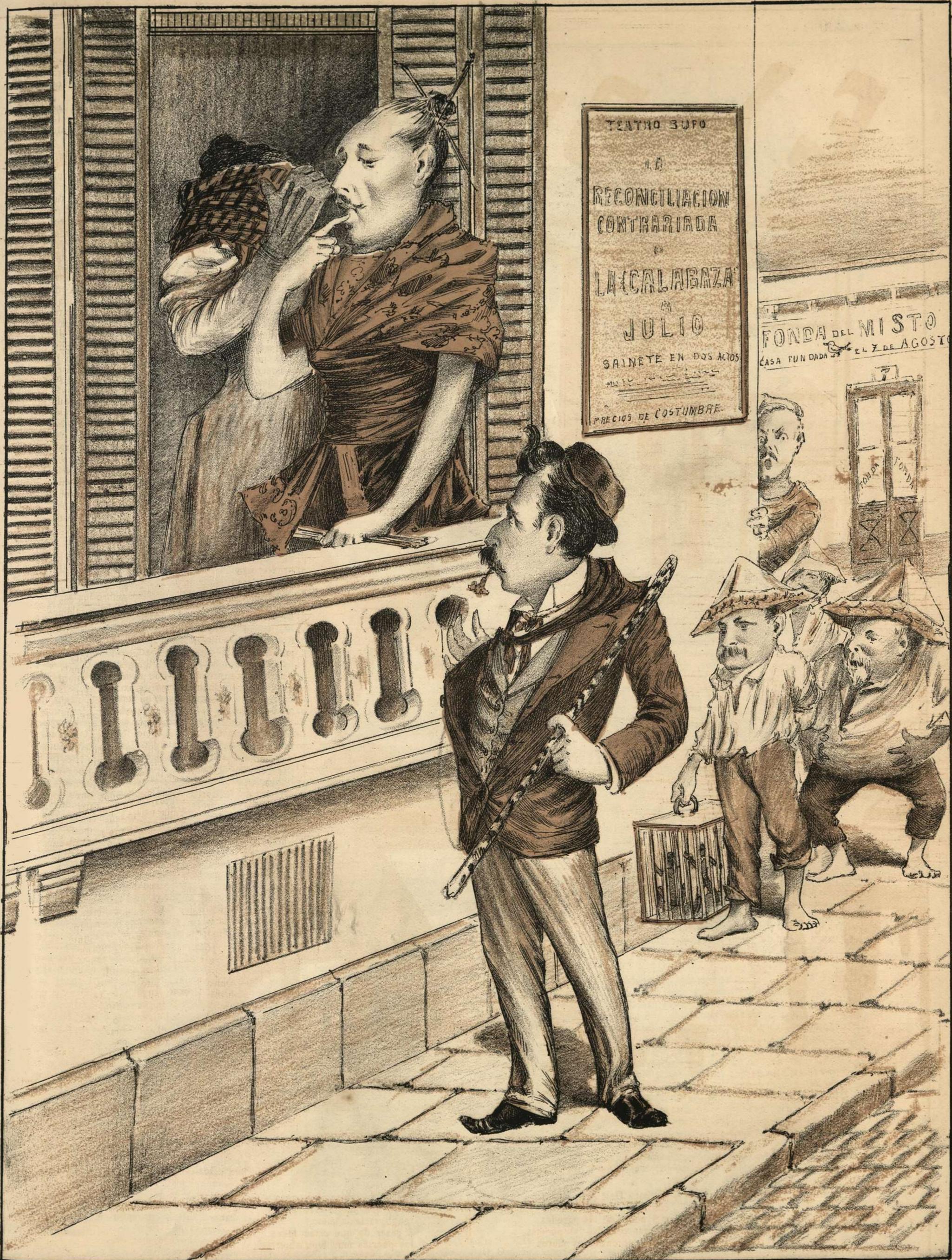
FERNANDITO

EL BURLADOR BURLADO



—¡El otro Don Juan Tenorio
convidió á un hombre de piedra,
y á pesar de las paredes
y estar cerradas las puertas,
filtró por entre los muros

y asistió, atento, á la cena.
Y yo que he invitado á tres
tengo vacía la mesa,
á pesar de que están todas
las puertas muy bien abiertas!



Julio, el buen mozo—Miráme, por Dios, mi china, miráme, no seás así, y olvidáte al fin de aquello que te separó de mí.

Maximina—No pase, porque es al cuete; vayasé, será mejor. Que de mí no se ríe naides dos veces, moso dotor.

Mamá Boa—¡Pero, sonrítele, mi hijita, mirá que me dijo ayer que si querés amigarte nos va á invitar á comer.

Valentin, el Cojo y Carambola—¡Palpitá el dragon! ¡Qué chasco más grande se va á pegar, afeitao y sin visitas se va el mosito á quedar.



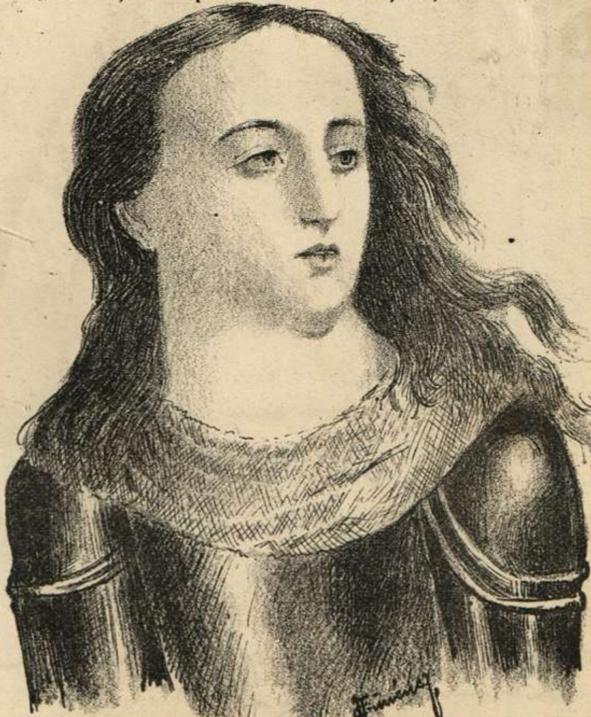
La influenza ha impedido que nuestra sociedad elegante abra sus salones, y ha puesto á dieta á la juventud amante de los buenos momentos. ¿Querian ustedes música y baile? Pues, no, señor, ha dicho la influenza, y abusando autocráticamente de su nombre (algo enrevesado, cierto), corrió cortinas y cerró puertas, poniendo los cuerpos en imposibilidad de manejarse á su antojo.

Luego, los teatros están cerrados; excepto San Felipe, que continúa funcionando con éxito, Solís recién se habrá abierto anoche, y Cibils parece que no se va á abrir más. Por lo tanto, ¿de qué quieren ustedes que les hable? Vamos, no tendré más remedio que hacer lo que se hace cuando el frío aprieta y la gente no tiene en qué divertirse. Haremos una velada de invierno, aún cuando ya estamos en los albores de la primavera, que parece venirse demasiado poco cortesmente. Les contaré algo, hablaremos un poquito de modas y... ¡Ah! Me olvidaba. Tengo que recomendarles una interesantísima y sentida novelita de nuestra asidua colaboradora *Miriam*, que empezará á publicarse en el próximo número. Léanla con atención, que merece la pena; es muy linda, lindísima; se lo digo sinceramente. Pero empecemos con algunas palabritas sobre nuestra mujer célebre de hoy, la gran Juana de Arco.

Es esta la personificación más pura y más hermosa del patriotismo, el heroísmo sublime de una virgen guerrera que cuenta por único escudo de combate la voz divina que le dice en el alma: «Juana, salva á la Francia!»

Y esta mujer admirable, sencilla aldeana de Don-

remy, cuando los hombres y guerreros gemían impotentes bajo el poder del extranjero, ella sola se



presenta ante Carlos VIII y le pide el mando del ejército que más tarde, por la firmeza de su fé y la

convicción de su misión divina, arrancara á la Francia del yugo de los ingleses

En pago de su sublime patriotismo—¡horrible injusticia!—fué quemada en la hoguera por sus enemigos, convertido en cenizas aquel cuerpo purísimo, que no tuvo más llama ni más pasión que su fé libertadora, intérprete de la justicia divina.

Y ahora vamos á nuestro relato.

LA ULTIMA PIEZA

Es un cuento; me lo contaron hace algunos meses y me dejó un recuerdo tan agradable y tan tierno, que cedo á la tentación de revelárselo á Vds. amigas mías.

Terminaba el mes de Abril, un mes precioso, sin una lluvia, sin una nube, ni siquiera una brisa fuerte. Estábamos en el campo, como á veinte leguas de Montevideo, en una casa quinta que era un chiche y la habitaba una joven señora, no menos encantadora y atrayente que su vivienda.

Bien pueden figurarse Vds. la vida que llevábamos, estando juntas cinco muchachas de casi la misma edad—excepto yo que siempre me adelanto en lo malo—alegres, contentas, con buena salud y sin más pensamiento ni más preocupación que pasarlo bien y divertirse. (Lo del pensamiento y la preocupación se refiere á mi particularmente, que tocante á las demás bien puede que por su casa alguno les hiciese *tilín*. Pues como decía, nos divertíamos. A las seis de la mañana, arriba; bajábamos, andábamos por el jardín, arrancábamos flores y nos poníamos por gusto la cabeza hecha un adofesio de ramos. Luego el desayuno, un buen vaso de leche calentita, y... á andar, á correr, á impregnarnos con toda esa aroma deliciosa de los campos, que cada aspiración parece darnos un aliento nuevo de vida, de una vida purísima y exuberante. A veces hacíamos visitas, por capricho ó por curiosidad; entrábamos en casitas aisladas, donde vivían gentes extrañas, que llevaban una existencia sedentaria y que se dedicaban á cosas inútiles en el campo. Pero esto era nuevo y nos gustaba. Por la tarde despues de la siesta, nuevo paseo, á veces á caballo ó en break; yo nunca acepté la primera clase de *vehículo*, pues no me avengo á tratar con cosas que pueden, cuando se les antoje, confirmarme definitivamente.

Algunas de mis amigas eran muy ginetes, y á mi me daba como envidia y gusto, á verlas tan valientes, tan dueñas de si mismas. El cuñado de la señora me hizo prometerle que montaría alguna vez, yendo él á mi cuidado. Pero palabra nada más: nunca cumplí la promesa. ¡Con razón! Figúrense Vds. si el caballo empieza á moverse, á dar vueltas, á saltar! ¡Qué apuros! ¿Qué hago yo, pobre de mí? Con decirle *caballito, quietito*, ú otras ternezas, no me libro de que me arroje al suelo.

Hacíamos velada hasta la nueve de la noche; venían algunos vecinos, y entre bromas, cuentos é historietas, pasábamos un momento entretenidísimo.

El cuento prometido lo saqué de allí. Ocurrió un día de caza, después de haberse hecho una matanza numerosa de perdices; cuando se disponían á regresar con los morrales repletos, el cuñado de la señora, un cazador de sangre y un hombrón también de mucha sangre, vió una última perdiz y disparó sobre ella; hizo blanco, pero echados los perros en su busca no dieron con ella por más que olfatearan y registraran por todos los rincones de la maleza. No hubo más remedio que retirarse de allí sin recojer la pieza, á pesar de que el cazador que la había muerto estaba empeñadísimo en encontrarla, mucho por vanidad, pues hacia el número 24 de las perdices que matara en aquella tarde. Se le persuadió al cabo, y volvimos todos; no obstante al día siguiente el cuñado de la señora, el obstinado cazador, dirigióse al mismo paraje en donde suponía hubiese caído la perdiz. Buscó y rebuscó, y ya cubierto de sudor, furioso consigo mismo disponíase á marcharse, cuando sintió á pocos pasos suplicantes pidos. Corrió hacia allí, y junto á una perdiz muerta, su anhelante presa, vió hasta media docena de polluelos diminutos, que piando lastimeramente se acercaban á ella tratando de encontrar el calor y el cuidado de una madre en aquellas plumas frías, yertas.

Y aquel hombrón, aquel cazador furioso, ante un cuadro de sentimiento tan sencillo y conmovedor, sintió caérsele la escopeta y llenársele los ojos de lágrimas.

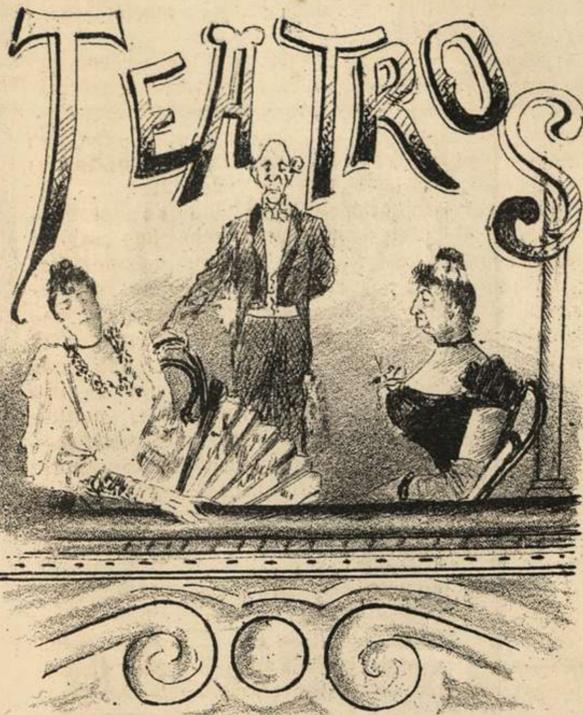
ALINA DORÉ

Ciencia práctica

Don Eduardo Morador que es filósofo profundo y asegura que en el mundo no hay como él otro orador aunque es ceceoso, y por más

que en eso de crear vocablos que no entienden ni los diablos deja á *Ermerejencia* atrás, intentó en un club, ayer, en su afán de tirar ciencia, leer una conferencia sobre este tema: «El Deber.» Pero un su inglés, acabar no dejólo, pues gritó —¿Porqué en vez del *deber* no habla usted sobre el *pagar*?

MEJILLON



Casi, casi, como el domingo pasado: con solo San Felipe.

Felizmente, anoche debe haberse estrenado *Novelli*, y ya tendremos para otra vez algo que revistar. ¡Vaya si tendremos! El llamarse *Novelli* un artista ya promete cosas nuevas. Por cierto que bien podemos esperarnos una espléndida temporada.

Pero mientras tanto, contentémonos con lo de San Felipe. El último estreno ha sido el de «El teatro nuevo» una bonita zarzuelita, que no por ser recién estrenada por la Compañía Pastor, dejáramos de conocer gracias á las veces que la han estrenado anteriormente otras compañías.

Gil y Reig estuvieron inimitables. La Echevarría y la Muñoz muy bien y hasta la Linares estuvo casi graciosa en su papel de florista.

Del estreno de «El señor Luis el tumbon» hablaremos el domingo que viene.

Y nada más por ahora, por lo menos que pueda parecer novedad, y por ende interesar á ustedes.

Pero, ¡así no más me resigno yo á ello!

Ahí presento á Vds estos tres personajes que tienen hoy su lugar bien ganado en la seccion de teatros, pues gracias á su esfuerzo, pronto empezará á funcionar el lindo teatro del *Centro Artístico Nacional*, institucion que, á fé, hacia falta.

Este, es Leopoldo Diaz, el Director de orquesta del nuevo centro



Y éste, de la otra columna, no lo conocen ustedes? El señor De-María, Director de zarzuelas.



A Segundo Alvarez Conde, el Director de comedias, de fijo que ya le conocen. Es este más chico.



En cuanto á las niñas que han de prestar su concurso á la obra de estímulo al arte nacional, irán en el próximo número.

El Domingo que viene, Dios mediante, conversaremos sobre *Novelli*, el gran *Novelli*, que se prepara á darnos lo mejor que en su repertorio tiene, y que tiene mucho bueno y mucho nuevo.

En cuanto á las novedades de cosecha nacional, todavía no se dice nada, aunque bien se pregunta. Ayer, sin ir más lejos, decian dos en San Felipe, refiriéndose á la llegada del gran actor:

—¿Y estrenará algo *Blixen* en la temporada de *Novelli*?

—Sí.

—¿Sí? ¿Qué? ¿Drama? ¿Comedia?

—Una levita nueva que acaba de mandarse hacer en lo de *Lamolle*.

RE-BEMOL



Dice un diario que el Observatorio de Greenwich acaba de adquirir un telescopio colosal, que acerca la luna á 10 leguas de distancia del objetivo.

Pues al doctor y comparsa el lente ese recomiendo para que si intenta, no salga fallido el intento de lograr con los tajistas un cordial *acercamiento*.

De un diario de campaña:

«Ayer cometiése un horrible crimen en esta localidad. Un soldado dió de puñaladas á un mozo de café. El heridor no ha sido aún habido. Hay pocas esperanzas de salvar al asesinado.»

—Mamá, ¿me dirás al fin cómo nací yo?

—Te hallé

cierta tarde, que pasé por la gruta del jardín.

—Y estando yo esa mañana...

—Nadie se había apercebido.

—Entonces, ¿cómo has sabido

que yo me llamaba Juana?

«En el *Club Franco Oriental*, recientemente sorprendido—dice «*La Tribuna Popular*»—funcionaba una ruleta que nadie se preocupaba de ocultar, confiados sus dueños en la culpable benevolencia de la policia.»

Me parece natural que titulándose el club ese, «*Club Franco-Oriental*,» funcionase francamente la ruleta en su local.

De Paysandú:

«Ha fugado ayer el conocido relojero Luis Robo, de la firma *Robo y Ca.*, llevándose varios relojes que le habían dado distintas personas para componer.»

Si el dato este se confirma habrá demostrado Robo ser un hombre leal y probó pues que ha hecho honor á su firma.

En un examen:

—¿En qué época calcula usted que debe volver á ocupar el mismo sitio en el cielo el cometa R?

—Dentro de 62 años.

—¿Y en qué se funda usted para afirmarlo?

—En nada; es un presentimiento que yo tengo

—Papá, dice aquí que á la cena de Herrera no asistió ninguno de los *comensales*

que debieron ser

y que hicieron mal en no serlo. Yo creo

que hicieron muy bien,

pues si á *comensales* se hubieran metido

hubieran sentido despues mucha sed.

—¿Acaba bien esa novela que has leído?

—¡Eh! Solo dice que los novios se casaron. No sé cómo acabarán.

—Doctor, en confianza. ¿Usted cree que saldré del paso?

—Usted tiene que sanar necesariamente. El «Registro médico» demuestra que de cien casos como el suyo, uno siempre se salva.

—¡Doctor!

—¿Y qué más quiere usted? Yo he tratado ya noventa y nueve casos, y todos fueron fatales. A usted le toca, pues, salvar. No se puede ir contra la estadística.

Correspondencia Particular

Miriam—Montevideo—Empezaremos á publicarla en el próximo número. La opinión que me pidió, va en la carta que usted tendrá la bondad de mandar buscar mañana.

Luis—Id.—Se publicará. Sus juegos del 25 de Agosto, que eran muy buenos, vine recién á verlos ayer. Se me había traspapelado la carta. Disculpe y crea que lo lamento.

K. Lame—Id.—¡Hombre, hombre! Yo no le quiero llamar idiota, pero la verdad es que se lo merecía usted.

Ecuménico—Minas.

Mire, señor *Ecuménico* yo le aprecio mucho á usted mas daría algo porque le gustara á usted el arsénico

Pif-Paf—Montevideo—Irá en el próximo número con algunas modificaciones.

Nicolasa—Montevideo—Hace Vd. mal en poner al pie de su carta su domicilio, pues me venian tentaciones de irme por allí y emprenderla con Vd. á garrotazos.

Un conquistador—Paysandú—Para conquistar Vd la publicacion de su barbaridad en verso, es preciso que naciera de nuevo, pero no de una familia de melones.

Caras y Caretas

SEMANARIO FESTIVO

Publica semanalmente innumerables dibujos, entre ellos retratos de personajes, damas uruguayas y artistas eminentes.

Colaboran en él nuestros principales literatos.

Suscripción mensual: un peso

En el exterior: los mismos precios en moneda equivalente con el aumento del franqueo.

Número corriente: 30 centésimos
" atrasado: 40 "

Estudio Fotográfico de DOLCE Her.

Calle Sarandí Núm. 359
Retratos modernos de busto á la romana

A Dolce, es ya cosa vista, nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.



Estudio Fotográfico de P. Calligaris

CALLE IBICUY, 228



Fotografía de moda por la high life preferida, donde se retrata toda la gente más distinguida.

EL ANTICUARIO

CALLE 18 DE JULIO N.º 184

Vende compra y revende -El Anticuario- libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario, los paga bien y no los vende caro.



EL CORSE VENUUS

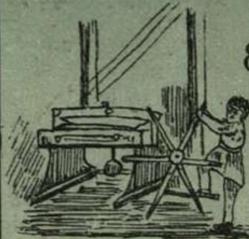
De Venus es, en verdad, digno este corsé famoso. ¡Si no hay otro tan hermoso ni de más comodidad!

Es el mejor de los corsés; es la flor

La Sud-Americana

LITOGRAFIA Y TIPOGRAFIA

87 A 93-TREINTA Y TRES-87 Á 93



Impresiones de lujo, Etiquetas, Facturas, Tarjetas rótulos, letras de cambio, etc.

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS AL CROMO

Seccion recreativa

TRIO DE SILABAS

.....
.....
.....

Sustituidos los puntos por letras, horizontal y verticalmente dicen:
1.º tejido de lana. 2.º antifaz. 3.º músculo.

FUGA DE CONSONANTES

A .a .a.a .a.a .a
a .a.a .a .a.a .a.a,
á .a.a .a.a .a.a.
a .a.a .a.a .a .a.a

NOMBRE DE MUJER EN CLAVE NUMERICA

21 36 43165 143 123456,
56123 36 43165 143;
63 45663 123456 3661
452343 3 63 45663 56123

CHARADAS

1.ª

Esta niña que aquí ves
prima el segunda-tercera
un prima-dos tercia es.

Vicioso.

2.ª

Todo, tercia, prima-dos y tres
al pié de una cuarta-dos y tercia
pidió la prima cuatro cierta vez
quedándose á la luna de Valencia.

3.ª

1.ª-3.ª 2.ª-2.ª Todo
Reza José Marta

Guitarra.

4.ª

Tercera primera tres
se llama el que tres-primera;
el que prima tercia prima,
prima tercia, prima tercia;
y todo le llaman todos
al que primera dos lleva.

GEROGLIFICO.



TRIANGULO

.....
.....
.....

Un Dios - Con lo que ha logrado
su suerte más de un mortal
sin conciencia y desalmado.—
En remates—Un pecado—
Tiempo de verbo—y vocal.

LOGOGRIFO NUMERICO

1	2	3	4	5	6	7	8	9	Pelea
1	9	7	4	5	8	9	8	En la aritmética	
7	2	4	5	1	5	9	En los periódicos		
1	9	3	4	9	7	Tiempo de verbo			
4	6	3	5	9	Gusano				
4	5	4	2	Emperador					
8	2	7	Rio						
8	5	Imperativo							
4	Consonante								

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

DE LAS CHARADAS: 1.ª Anibal, 2.ª Sotera, 3.ª Emilio, 4.ª Rosario —Enviaron la solución: Calixto, Smakor, F.F.F., Tu y yo, y Luis (éste solo de la 4.ª).

DEL TRIANGULO: Granada.—La enviaron: Luis, Smakor, Calixto, Tu y yo y F.F.F.

DEL CAPRICHIO DE LETRAS: Falúa, Veloz, Bilis, Polea, Bulas.—La enviaron: Calixto, Luis, Tu y yo, Ki-Ki y Smakor.

AL LOGOGRIFO: Carlos —Coral, roca, ola, loca, oro, col, rosa, aro, sol, la, Lorca, loro, color, coro, Lola, Sara, cara, arca, carro, solo, Lara.

AL GEROGLIFICO: Homero pulsó la lira diestramente.—La envió: Calixto.

Se reciben las soluciones y colaboraciones hasta el jueves

ELIXIR HUTCHINSON

TÓNICO DIGESTIVO Y RECONSTITUYENTE



á la Papaina (Pepsina vegetal), preparado con el fruto del CARICA PAPAYA (Manon del Paraguay). El más potente y agradable de los digestivos, contra anemia, clorosis, debilidad y consunción.

Botica Inglesa «Hutchinson»

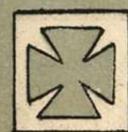
25 de Mayo, esq. Ituzaingó



Verdaderos especialistas en los trabajos modernos de la profesión.

Calle Ituzaingó núm. 161

El gran remedio contra la epidemia reinante



COÑAC LA CRUZ ROJA

Este coñac, el más puro, el más rico, y tomando en consideración su calidad, el más barato de los que vienen en el país, se puede obtener en todos los principales almacenes, cafés y confiterías de la República.

AL POLO BAMBÁ



CASA ESPECIAL EN CAFÉ
CALLE COLONIA, 2, 4, 6, 8

Da el «Polo Bamba» un café de clase tan superior, que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

EL TORO

MANUFACTURA DE TABACOS Y CAFÉ Á VAPOR

URUGUAY 288 AL 292



¿Buenos tabacos? No ignoro que los hay, mas no serán como los que expendé El Toro
¿Que no? Prueben y verán.

GRÁNULOS ANTICATARRALES



Es seguro que no hay tos que, aun hija de antiguos males, resista al uso de los GRANOS ANTICATARRALES.

BOTICA ORIENTAL

Plaza Gagancha 42

Autorizados por el Consejo de Higiene Pública